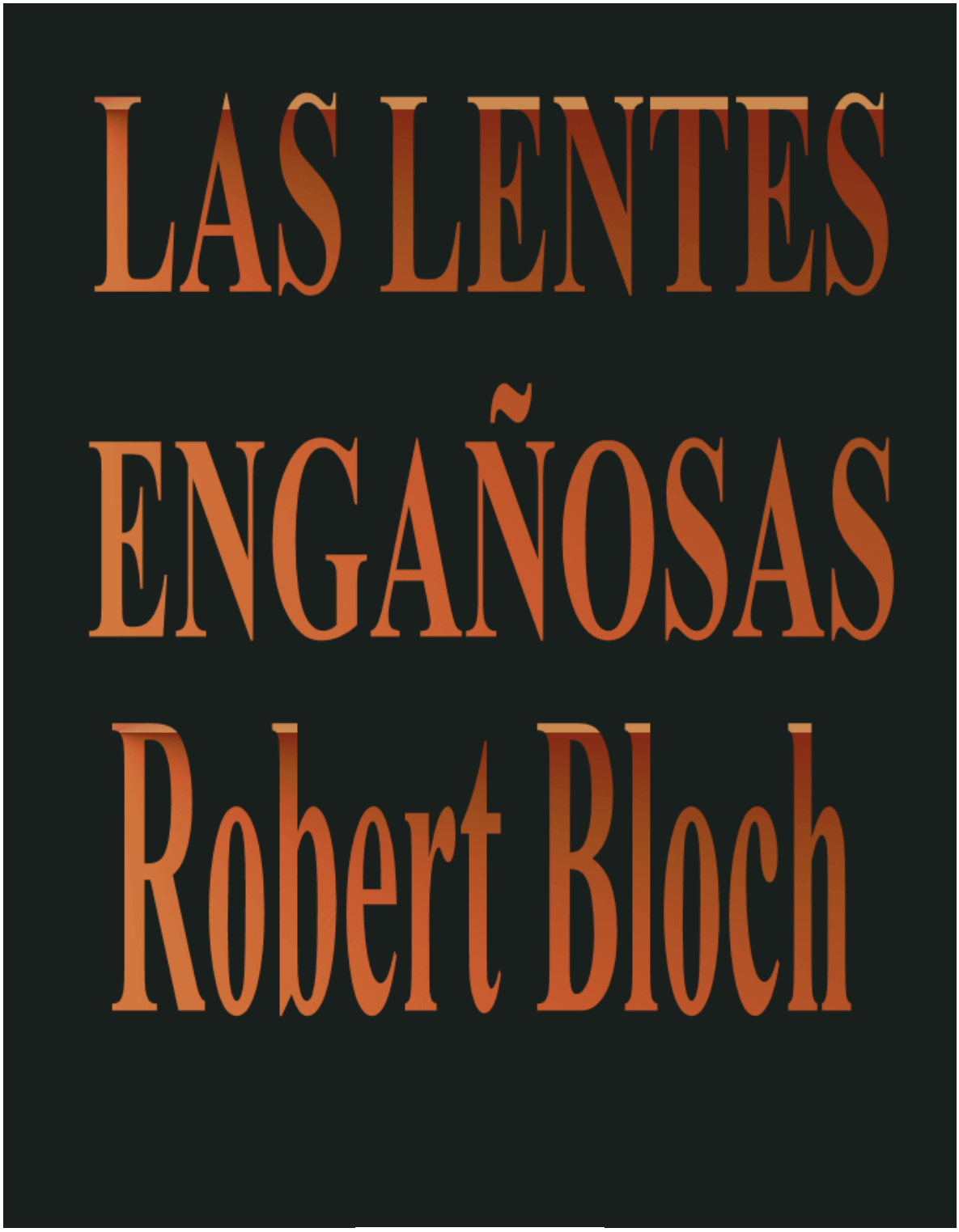
LAS LENTES ENGAÑOSAS

Robert Bloch



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1. JOE HENSHAW

¿Que cómo me hice con esas antiparras? Compré un lote a ciegas, por veinte dólares, en las afueras de la ciudad.

Los gritos de Maggie se oyeron en las antípodas cuando se lo dije.

-¿Para qué quieres cargarte con más trastos? El almacén está a rebosar. Total, ¡para sacar algunos harapos y un par de muebles reventados! ¿Qué, si no...? ¡Esa casa tiene más de doscientos años! Ha estado deshabitada desde la Ley Seca, y hasta atrancada. ¡Y tú has de tirar veinte dólares por lo que puedas sacar de ahí! ¡Vamos!

En fin, que no paró. Que si era un infeliz, que por qué se habría casado conmigo, y que cómo era posible que alguien se enredara de por vida en un negocio de compraventa de objetos de segunda mano. ¡El rollo de siempre, que Maggie no dejaba de infligirme desde hacía años!

Bueno, la dejé plantada. ¡Que chillara a Jake! A éste no le importa escucharla. Se sienta en la trastienda o en la cocina durante horas, tomando café, cuando debiera estar trabajando. Pues ¡que la aguante él!

Pero yo sabía lo que estaba haciendo. Delehanty, el del Ayuntamiento, me había dado el soplo. Dijo que hiciera una oferta y él arreglaría la cosa.

Iban a derribar el viejo caserón del muelle. Debió ser algo que ver en sus tiempos, aunque creo que se habló de él en los días de la Prohibición, y ha estado clausurado desde entonces. Delehanty me había dicho que en el piso de arriba, marco de borracheras sin cuento durante aquella época especial, había toda clase de mobiliario... como una docena de habitaciones llenas de ropa y enseres de aquel tiempo.

Quizá Maggie tuviera razón y no quedaran más que trastos, pero ¡igual se equivocaba! Nunca se sabe de antemano. Lo que yo pensaba era que, a lo mejor, daba allí con alguna pieza verdaderamente antigua, y entonces, ¡hala!, igual me hacía con dos o trescientos dólares revendiendo el lote a algún subastador de la ciudad. Así es como hay que manejárselas en este negocio; hay que arriesgarse de vez en cuando.

En fin, que hice mi oferta, fui el único, y el lote pasó a mis manos. El Ayuntamiento me concedió tres días para vaciar la casona, transcurridos los cuales traerían las máquinas y ¡todo abajo! Delehanty me proporcionó una llave.

Dejé, pues, a Maggie, tomé la furgoneta y me dirigí al lugar. Por lo general me llevo a Jake para que me ayude a cargar, pero en esta ocasión quería hacer el trabajo solo. Si había allá algo realmente valioso... bueno, el caso es que Jake es mi nuevo socio o algo así, y sin duda querría también su parte. Si le echaba el ojo encima, claro está. Si yo lo veía antes y lo quitaba de en medio, él ni se enteraría. Que se quede, pues, con Maggie y ¡que le vaya bien! Puede que yo sea un viejo chocho, como dice ella. Pero también es posible que no tenga un pelo de tonto. ¡Todo porque a Jake le gusta endomingarse cuando le place y frecuenta el Bright Spot!

Bueno, no es de eso de lo que quería hablar, sino de esas antiparras engañosas que encontré allí.

Como digo, me dirigí al muelle, allá abajo en Edison, y di con el antro. Y, desde luego, ¡qué pinta! Seguro que doscientos años ¡por lo menos! Con paredes adornadas con cursis volutas. ¡Poco iba a sacar la compañía de derribos!

La cerradura estaba tan oxidada que a poco me veo obligado a reventar la puerta. Por fin cedió. Polvo por doquier, como para sofocar a un cerdo. Abajo, escombros y tablones podridos. Los federales debieron desmantelar el bar sin contemplaciones, adornos y todo. Yo había esperado encontrar quizá algunos taburetes, puede que algo de metal, pero ¡nada!

Probaría arriba. Lo de probar, vale, pues al poner el pie en la escalera faltó el canto de una moneda para que pasara por ojo. El pasamanos era muy fantasioso, de caoba o algo así, pero inútil para mí. A pesar de tanta suciedad y abandono me di cuenta de que todo aquello había tenido su clase en mejores días. Quizá cuando durmió allí George Washington.

La cosa iba de mal en peor. Ocho grandes habitaciones: más polvo, sillones desfondados, somieres rotos y sofás desvencijados. Camas con dosel, todas. ¡Vamos, se adivinaba! De la ropa, nada: harapos. Busqué y rebusqué en vano, a menos que contemos los llamados vasos de noche que... ¡maldita gracia...!

Algunas sillas de buena madera, pero sólo el marco; muelles y relleno, para tirar. Un par de mesas también: a lo más, para el fuego.

Empezaba a amoscarme. Había pensado que por lo menos daría con algunos cuadros antiguos. Sí, de esos que se llaman de viejos maestros, de Rembrandt y demás. Pero me habían engañado y ahora me daba perfecta cuenta de ello.

Con todo, los armarios estaban llenos de ropa. ¡Qué suerte la de no haber traído a Jake!, porque de seguro que éste se habría ido de la lengua, y Maggie no me habría dejado vivir. Los trajes se dejaban adivinar tan sólo, tal como ella había dicho. ¡Y cómo olían!

Revolví un poco y empecé a cavilar. No es común eso de tropezar con ropas viejas en una casa abandonada. Tampoco con lencería de cama. ¿Por qué habrían tomado las de Villadiego con tanta prisa? La gente de allí, quiero decir. ¡Y hacía ya tanto tiempo! ¡Qué..., pero si aquellos vestidos databan de antes de la guerra civil a juzgar por el estilo! ¡Vaya pantalones! Y zapatos, completamente podridos; no quedaba más que las hebillas.

Las tomé. ¡Eh!, ahí había algo. Plata. Hebillas de plata. Me di una vuelta por todas las habitaciones y recuperé como una docena. Aquello estaba ya más a tono. Por cierto, que di también con una espada, una de esas trabajadas, ¡y en una vaina que igual era de plata también! Ya me enteraría... Que era una pieza antigua... eso ¡vamos!, de todas, todas.

Curioso que aquella gente hubiera dejado todos esos trastos. Delehanty me insinuó que el lugar pasaba por antro de fantasmas. Está claro que, en mi oficio, eso es broma típica. En mis buenos tiempos limpié como unas doscientas de ésas..., ¡de todas las casonas viejas se dice igual! Pero yo no me he tropezado jamás con fantasma o espíritu alguno en mis treinta años de brega, ni con nada más vivo que, quizá, algunas cucarachas.

Hete aquí que luego llegué a esa estancia al final del pasillo, la de la puerta grande. Todas las habitaciones que había examinado estaban abiertas; de hecho, a algunas no les quedaba siquiera el marco de entrada. Pero ésta estaba incólume. Cerrada y bien cerrada.

Tuve que volver al camión en busca de una llave falsa. La verdad es que me excité un poco. ¡Qué voy a decir..., nunca se sabe lo que hay detrás de una puerta cerrada! Trabajé, sudé, y logré franquearme el paso.

El polvo me dio en toda la cara, y el hedor, ¡qué desastre! Llevaba una linterna, claro está; no es que fuera ya oscuro en la calle, pero la casa era siniestra, y con eso de los años y el abandono carecía de luz propia.

Nada, que tosí, encendí mi lámpara y miré en derredor. Estaba en un cuarto muy grande, un verdadero salón, lleno de montones de polvo, que ocultaba casi por completo unos andrajos que, en otros tiempos, habían sido flamante alfombra. También había un revestimiento de roble en las paredes, y seguro que los del derribo podrían sacar aún algo de ello, pues la madera era buena, y eso es algo que se nota en seguida.

Pero yo no estaba interesado en el polvo, en harapos o en los paneles. Ahora quería saber por qué estaba cerrada la habitación. Y la linterna me lo dijo. Me mostró las paredes.

Estantes de libros.

Del suelo al techo. Libros. Toda la estancia.

Igual había mil, ¡palabra! ¡Vaya una librería!

Vadeé como pude entre aquel polvo y los escombros y extraje un par de los volúmenes que me quedaban más cerca. El lomo era de piel, es decir, había sido, pues se me deshizo en las manos; igual que las páglnas, amarillas y mohosas, De ahí el hedor.

Me puse a maldecir. No creáis, no soy ningún bruto. Sé muy bien que hay dinero en los libros viejos; en algunos, vamos, y siempre que estén en buenas condiciones. Pero aquéllos estaban rematadamente podridos.

De pronto descubrí uno encuadernado en metal. ¡Uno, y no más! De esos que has de sudar para soltar el cierre. En fin, lo logré y lo abrí por la primera página. Decía algo en extranjero. Griego, quizá. No sé. Me acuerdo, no obstante, de lo que ponía en la portada: *De Vermis Mysteriis*. ¡Huele a chamusquina!, ¿eh?

Con todo, nunca se sabe. De modo que decidí arramblar con todos los que no se me deshicieran entre las manos, y ver cuánto me daba Segall por el lote. A lo mejor había allá algo bueno, después de todo.

Luego volví a recorrer la estancia con la mirada. Ningún mueble; ni mesas ni sillas, igual que en los dormitorios... salvo en aquel rincón...

Allí di con la mesita. Pequeña, algo así como un escritorio, pensé. Y en pleno centro, en su misma mitad, habla un cráneo.

Un cráneo humano, amarillento y con las quijadas entreabiertas en una mueca estremecedora y sarcástica. Durante un minuto estuve casi convencido de que, en efecto, aquella casona era un coto de fantasmas.

Entonces observé que la bóveda de aquella cabezota había sido perforada con objeto de alojar o permitir la entrada de una de aquellas plumas de ave con que se escribía antiguamente. El sujeto que coleccionaba todos esos libros antiguos de tipo extranjero usaba el cráneo como tintero. ¡Esa sí que es buena, ¿eh?

Pero era la mesita lo que me interesaba; quiero decir, lo que de verdad me llamaba la atención. Era una pieza auténticamente antigua. Caoba sólida, primorosamente trabajada; lo que se dice una verdadera joya.

Tenía un cajón, y no estaba cerrado. ¡Qué nervioso me puse! Lo dicho, nunca se sabe qué puede salir de estas cosas, y donde menos se espera salta la liebre... quizá un lote de documentos antiguos de valor. De manera que no perdí mucho tiémpo en abrirlo.

Pero estaba vacío. Nada de nada.

Estaba tan furioso que solté una retahíla de tacos y le pegué una patada al mueble.

Y así es como las hallé; las lentes engañosas, quiero decir.

Y es que el envío que largué con el pie dio en una de las extrañas caras grabadas en la madera..., ¿que no lo había dicho? Pues, sí, había volutas, hojas de no sé qué y rostros fantasmagóricos junto a efigies de animales fantásticos tallados en la caoba. Bueno, el caso es que del golpe se abrió un pequeño panel lateral que dejó una oquedad al descubierto.

Metí la mano y saqué las gafas, antiparras o como queráis llamarlas.

Un par de anteojos, eso era todo; pero curiosos. De lentes pequeñas y rectangulares, y grandes ganchos «uricuiares» -creo que se dice- ...bueno, orejeras. Y un puente grueso para la nariz. De plata.

No lo entendía. Que había plata, seguro. Pero, ¡qué!, tampoco era tanta, y no subiría a más de un par de dólares. ¿Por qué, pues, habían sido escondidas de aquel modo? ¿Y en un compartimiento secreto?

Las examiné a contraluz y les quité unas motas de polvo adheridas a los cristales, que, por cierto, eran de color amarillento en lugar del claro normal, y no muy gruesos. Había como unos dibujos o lineas sinuosas en las patas, y a lo largo de todo el puente, una palabra grabada. La recuerdo porque jamás la había visto antes.

«Veritas», ponía en curiosas letras achatadas. Más griego, me dije. Quizá su viejo dueño había sido un griego. El pájaro de la gran librería, del cráneo-tintero, quiero decir; sí, el desconfiado que había escondido las lentes en aquel cajoncito oculto.

Tuve que esforzarme un poco para leer lo escrito. ¡Qué queréis!, en aquella penumbra, y con mi vista, que ya no era tan buena como antes..., la idea me vino de repente.

A mi edad se vuelve uno a veces algo corto de vista. Ya desde hacía algún tiempo venía diciéndome que tenía que visitar al óptico; al médico de ojos, quiero decir; pero nunca hallaba el momento oportuno. Al ver aquellas antiparras, me dije, ¿por qué no?

De modo que me las puse.

Las patas, o como se llamen, eran algo cortas para mí. Y, como he dicho, los cristales eran muy pequeños. Pero no me sentí incómodo. Sólo que me dolían los ojos.

Bueno, no eran los ojos exactamente, sino algo que no sé cómo expresar. Era como si me estuvieran zarandeando por dentro.

¿Que suena raro? No menos de lo que yo me sentía en aquellos momentos, pues la habitación pareció alejárseme de pronto, para volver luego como si fuera a echárseme encima. Inconscientemente parpadeé varias veces.

Después de esto todo volvió a la normalidad y me di cuenta de que veía a la perfección. El entorno se me aparecía de una nitidez y claridad sorprendentes.

Seguí, pues, con las lentes puestas y me dirigí hacia la escalera. Se había hecho tarde y me dije que más me valdría regresar al día siguiente con Jake. Era

tonto que me esforzara con toda aquella carga; Jake, mucho más joven que yo, tendría que pechar con lo más gordo.

Y regresé a mi casa.

Hete aquí que llego a la tienda y, como siempre, todo en orden, y Jake y Maggie en la cocina con su cafetito.

Maggie esbozó una mueca y dijo:

-¿Qué tal se te dio la cosa, Joe, viejo y piojoso cerdo? Me alegro de que hayamos decidido librarnos para siempre de ti.

No, no dijo *todo* eso.

Tan sólo: «¿Qué tal se te dio la cosa, Joe?»

Pero *estaba* pensando el resto.

Lo vi.

No me pidáis que os lo explique. *Lo vi.* No las palabras ni nada de esto. Y tampoco *lo oí. Lo vi*, eso es todo. Mirándola supe lo que estaba pensando y planeando. Casi, casi lo que iba a hacer o decir a continuación.

-¿Has pescado algo bueno? -preguntó Jake a su vez; pero yo *vi*: «Espero que sí porque es todo mío tan pronto como nos desembaracemos de ti, cosa que ocurrirá esta misma noche.»

-¿A qué esa cara irónica, Joe?, ¿estás enfermo? -dijo Maggie, además de, para sí misma: «¡Y a quién le importa! Va a estar mucho peor dentro de poco... ¿sospechará algo? No, claro que no, ¡es imposible! El muy cabrón no se ha enterado en un año. ¡Bah! A esperar tan sólo a que Jake y yo seamos los amos aquí, y a que hayamos cobrado su póliza, ¡y aire! Todo está planeado.»

-Psé -respondí-. He estado removiendo trastos en la casona, y no me encuentro precisamente nuevo ahora. Será mejor que me siente.

-Lo que necesitas es un buen trago de té caliente -repuso Jake, y para sí: «Esa es la jugada, exactamente como habíamos previsto. Le emborrachamos, y cuando suba la escalera, le doy un empujón, ¡y a. rodar! Y si con ello no basta, Maggie, abajo, le da con el palo hasta que reviente. El resultado es el mismo. Todos saben que empina el codo. Clavado el accidente, que yo puedo jurar que ha ocurrido.»

No pude evitar una sonnsa.

-¿De dónde te has sacado las antiparras? -quiso saber Maggie, quien añadió *in mente*: «¡Dios! ¡Qué facha! Enfermo sólo de mirarle la cara; pero no durará ya mucho.»

-Las encontré en el caserón -respondí.

Jake apareció con una botella. La abrió y arrimó unos vasos.

-Bebe -dijo.

Yo trataba de comprender la situación. ¿Por qué podía de pronto leer sus pensamientos? No lo sabía. Pero, lo cierto es que podía ver lo que tramaban. *Lo veía.* ¿Serían... las antiparras?

Sí, eran aquellas lentes engañosas. *Ellos* sí que eran engañosos. Jugando a mis espaldas. Preparándose para eliminarme al menor descuido. Conque escaleras abajo, ¡eh! ¡Qué más daba cómo lo sabía! Lo importante era que estaba enterado.

Sabía en todo momento lo que estaban pensando mientras bebían conmigo y me acompañaban, riéndose de mi más que conmigo, y esperando a que me emborrachara para culminar su plan. Hacían ver que bebían mucho, pero se afanaban por tumbarme a mi. Sólo que yo les hice tomar conmigo trago por trago.

No se me subiría a la cabeza en tanto pudiera *verlos.* Con las maquinaciones que bullían en sus mentes, no había licor alguno en el mundo que me pudiera o que lograra desviar un instante mi atención.

Se enfrió el ambiente, y yo sabía ya perfectamente lo que tenía que hacer. Les hice beber más, y empezaron a ponerse ruidosos... ¡y sus pensamientos! Les oía hablar y hablar, pero no dejé de leer constantemente sus intenciones.

«Le mataremos en seguida, pero ¿por qué no rueda ya?... Está bebiendo como un pez..., quizá no debiera beber tanto..., hay que evitar que sospeche. ¡Condenación, cómo odio su jeta! ¡Qué ganas tengo de reventársela! Luego, eliminado él, tendré a Maggie cada vez que quiera... morirá, sí... morirá...»

Yo sabía ya lo que tenía que hacer.

Reían y cantaban, y estaba ya muy avanzada la noche cuando fui a encerrar la furgoneta en el garaje.

Ellos, entretanto, urdieron sus últimas maniobras para evitar las sospechas de la gente.

A mí no me preocupaba eso. Que sospecharan, quiero decir. Estaba decidido.

Guardé el coche y regresé a la cocina con la palanqueta que había usado en la casona para hacer saltar la cerradura. Me vieron llegar.

-¡Eh! Joe... -dijo Jake.

-Joe, ¿qué pasa? -exclamó Maggie.

No dije una palabra. No era tiempo de cháchara, ni lo hubo siquiera porque la barra había chocado ya estrepitosamente contra la cara de él, destrozándole la boca, la nariz y la frente, antes de caer con igual efecto sobre el cráneo de Maggie, que estalló dejando escapar violentamente sus pensamientos, que ya no eran tales, sino alaridos desgarrados. Y así, hasta que no quedó grito alguno siquiera que ver.

Me quité los anteojos para limpiarlos. Estaba dándoles aún cuando llegó la patrulla y se hizo conmigo.

No me fueron devueltos y no los vi más. Pero ¡qué importaba ya! Podría haberlos llevado durante el juicio, pero ¿de qué me habría servido saber lo que pensaban entonces de mi? Y al final, me los habría tenido que quitar de todos modos. Es lo que está mandado, lo sé.

Justo antes de que me pusieran la caperuza negra, a punto ya de colgarme...

2. MIRIAM SPENCER OLCOTT

Recuerdo perfectamente que fue el martes por la tarde, que es cuando Olive recibe a su grupo de bridge y, sencillamente, *debe* disponer, claro está, de miss Tooker para que la ayude en el salón.

Olive es demasiado diplomática para encerrarme en mi habitación, y yo siempre me he preguntado por qué razón, precisamente los martes, me sentía tan fatigada y soñolienta después del almuerzo, cuando más propicia era la ocasión de salir de casa sin que nadie se diera cuenta. Por fin reparé en que ponía algo en mi plato..., ¡otra muestra de los buenos oficios del doctor Cramer, sin duda!

Pero ¡por favor!, que no se me tenga por tonta del todo, pues este martes ya tenía mi plan. Cuando me subieron el almuerzo, me limité a mordisquear una tostada -no me pareció muy peligroso- y vertí el resto por donde ya se pueden imaginar. Olive no se enteró y cuando, ya acostada, entorné los ojos, ella se quedó plenamente satisfecha.

Habría transcurrido una hora poco mas o menos cuando oí abrirse la puerta de la casa y el murmullo de las voces que se perdían escaleras arriba. Había llegado el momento.

Así que me vestí, me empolvé esmeradamente la nariz, y tomé diez dólares del alfiletero donde guardo lo que queda del dinero. Ahora sólo me restaba salir de puntillas, bajar sin hacer ruido, abrir la puerta ¡y ya está!

Olive y sus amigas se habían encerrado en la salita contigua al vestíbulo. Salvadas las escaleras hube de detenerme un momento -por lo del corazón, ya saben- y por un instante me asaltó el deseo de asomarme al cotarro y sacarle la lengua a Olive.

Pero esto no habría sido educado y, en cualquier caso, impropio de una dama. Después de todo, Olive y su marido, Percy, habían venido a vivir conmigo a la muerte de Herbert, y hablan contratado a miss Tooker cuando tuve el primer ataque. No debo ser ruda con ellos.

Ademas, Olive jamás me permitiría salir sola otra vez. Así que mejor sería dejarla en paz.

Salí rápidamente y caminé en dirección opuesta a las ventanas de la salita. Di la vuelta por Edgewood y decidí tomar el autobús en la próxima parada. Era un gasto, ya lo sé; pero en aquellos momentos no tenía otra opción.

Había algunos viajeros, que me miraron con gran descaro, ¡la gente parece tan descortés hoy dia!, y me es imposible no reparar en ello. En vida de Herbert teníamos nuestro propio vehículo y jamás tuve necesidad de entrar en contacto con las masas. Ahora, vieja y sola, no tengo a nadie que me proteja.

Ya sé que mi indumentaría no es precisamente el último grito; pero es fresca y está limpia, y no tiene por qué despertar tanta curiosidad incivil y vulgar. Calzo botines, que afirman muy bien mis tobillos, y si me muestro muy sensible a las corrientes de aire a nadie tiene que importarle. Me refiero a la toquilla gris y a mis medias de muselina. La chaqueta es de pieles, y muy cara; necesita un forro nuevo y quizá algún recosido, es verdad, pero por lo que a los extraños alcanza, yo bien podría haber empobrecido. ¡A qué, pues, esa falta de maneras! Tampoco mi bolso se libra del escrutinio impertinente. ¡Mi precioso monedero, regalo que me trajo Herbert del extranjero en 1922!

Me disgustaba la forma en que miraban mi bolso. Era como si estuvieran al corriente. Pero ¿cómo iban a saberlo? Nadie había sospechado jamás.

Arqueé las cejas y me acomodé en mi asiento. Tenía que preparar mi plan. Debo apearme en el lado este del río. Luego, puedo elegir entre dirigirme hacia el Norte o hacia el Sur. No estaba del todo resuelto aún. Tenía diez dólares, ¿recuerdan?

Si iba al Norte, necesitaba el bolso.

Si optaba por el Sur, como la última vez...

No. No podía. La última fue espantoso. Me acuerdo de aquel sitio horrible, y de los hombres que se reían a carcajadas. Había estado cantando; de hecho, creo que seguía haciéndolo cuando Olive y Percy vinieron a buscarme en el taxi.

Nunca sabré cómo me encontraron. Puede que les telefoneara el del bar. Me llevaron a casa, y sufrí uno de mis ataques. El doctor Cramer les aconsejó que no mencionaran nunca más aquel lance. De modo que no hubo discusiones. ¡Oh, las aborrezco!

Decididamente, no. Hoy no podía volver al Sur.

Dejé el autobús en la orilla este y eché a andar en dirección norte. Empecé a sentir la excitación. Me asusté un poco, pero... era agradablemente emocionante.

Y mucho más cuando llegué a Warram's y contemplé los camafeos. El dependiente era un hombre joven. Le dije lo que deseaba y fue a buscarlo. Volvió con un amplio surtido, y me puse a deliberar. ¡A veces cuesta tanto decidirse! Le hablé de mi viaje a Baden-Baden en 1916, y de todo lo que Herbert y yo habíamos podido admirar en las tiendas del extranjero durante la guerra. El joven fue muy paciente y comprensivo. Le di las gracias por la molestia que se había tomado, y abandoné la tienda, radiante. Llevaba un precioso broche, verdaderamente delicado, en mi bolso.

En Slade & Benner's me hice con un chal. La chica era una jovenzuela impertinente e inquisitiva, de manera que realmente me sentí obligada a comprar un corpiño para distraer su atención. Una cosa vulgar, que me costó treinta y nueve centavos y que ni siquiera los valía. Pero el chal de mi bolso era de seda importada.

Era muy emocionante. Entré y salí de innumerables tiendas y el bolso empezaba a llenarse. También compré algo. La discreción es siempre indispensable, ¿saben? Siempre lo he dicho. Ninguna de mis compras era extravagante; sin embargo, llegué a gastarme cuatro dólares y pico. Después de todo, tenía aquella encantadora figurita, y el guardapelo, y aquel enorme y perfecto tarro de crema para el afeitado. Lo último parecía un poco tonto, pero allí se me brindó la oportunidad y quizá Percy pudiera encontrarle aplicación.

Luego decidí darme una vuelta por esas tiendecillas de segunda mano y de antigüedades que quedan por detrás del Ayuntamiento. Nunca se sabe. Mi bolso se hallaba casi a rebosar, pero aún me quedaba algo de dinero.

Vi un precioso escritorio en un sitio llamado Henshaw's. Todo caoba, sin duda, y divinamente trabajado. A lo mejor era obtenible por una suma conveniente.

El propietario era un hombre gordo. Le sonreí.

-He visto ese escritorio del escaparate, míster Henshaw -empecé a decir.

Pero él negó con la cabeza.

-Está vendido, señora. Además, yo no soy Henshaw. Ese murió. ¿No se enteró del caso por los periódicos? Lo colgaron.

Levanté mi mano en actitud defensiva y suspiré.

-¡Por favor! -repuse-, eviteme los detalles.

-Me llamo Burgin. Me quedé con el sitio. Tenemos un montóu de cosas bonitas aquí, además del escritorio.

-Daré una vueltecita, si no le importa.

-¡No faltaría mas, señora!

Había visto la mesa con las cerámicas, y me acerqué a ella. Pero él no me quitaba los ojos de encima. Sentí una especie de hormigueo en todo el cuerpo y me puse nerviosa. Había una pieza sencillamente adorable. Tenía el bolso abierto y ¡si tuviera un instante!...

Él se encontraba justo detrás de mí y me había visto mover la mano.

-¿Cuánto vale esto? -preguntó rápidamente, tomando un objeto al azar de una de las bandejas.

-¡Dos! respondió secamente.

Busqué afanosamente en el bolsillo y le di el importe, para salir cuanto antes del lugar.

Fue ya en la calle donde me detuve unos momentos para averiguar qué había adquirido.

Unas antiparras. Pero ¿cómo es posible que tomara yo aquello de la bandeja?

Con todo, era una pieza bastante rara..., más bien pesada, y sin duda de plata.

Me acerqué a un lugar iluminado para examinarlas, y observé la presencia de unas letras grabadas en el puente.

Veritas, en latín, «verdad». ¡Curioso!

Me las metí en el bolsillo y reemprendí la marcha a paso vivo calle abajo. Estaba cansada, es cierto, pero sentía la necesidad de abandonar aquel barrio poco recomendable antes de que se pusiera el sol. Además, Olive estaría despidiendo a sus invitadas de un momento a otro, y era importante que estuviera de regreso en casa antes de que notaran mi ausencia.

Al pasar por debajo del reloj del Ayuntamiento me sorprendió comprobar que eran ya las cinco, pasadas. Mal asunto. Me descubrirían y tendríamos una escena.

El taxi a casa costaría unos cincuenta centavos. Pero se trataba de un caso de urgencia, de modo que no lo pensé dos veces.

Durante el trayecto, mis temores aumentaron. Y ni siquiera el pensar en el éxito de mi expedición, es decir, en todo lo que llevaba en el bolso, bastó para consolarme.

De pronto me acordé de que Olive y Percy hoy cenaban fuera, ¡y de que el doctor Cramer había anunciado su visita!

¡Oh! Estaba segura de que habrían notado ml ausencia. ¿Cómo podría explicarla?

Hurgué en mis bolsillos en busca de cambio, y mis manos tropezaron con algo frío.

Las antiparras.

Esa era la solución. Me las calé resueltamente y ajusté las patas a punto ya de llegar a la casa.

Cuando el taxi se detuvo, el hormigueo se reprodujo con mayor intensidad. ¿Iba a sufrir otro ataque? Pero, no; logré dominarme. Quizá las lentes esforzaran un poco mi vista. A los pocos minutos, no obstante, veía nuevamente con toda claridad, y aquella temible comezón habla desaparecido por completo.

Pagué al conductor y me apresuré a tomar la senda que conduce a la entrada principal, antes de que el conductor pudiera quejarse siquiera de la falta de «propina». Tomé mi llave y abrí la puerta con decisión.

Por cierto, que las lentes parecieron facilitarme la tarea. A lo mejor las necesitaba realmente. El doctor Cramer había comentado en una ocasión algo sobre mi astigmatismo. En cualquier caso, todo me parecía ahora tremendamente claro. Sí, muy claro.

Todo *estaba claro.*

Bueno, desearía expresarme con toda propiedad para estar segura de que me comprenden.

Abrí la puerta, y Olive y Percy estaban esperándome; ella, tan alta y delgada, y Percy, tan bajito y grueso. Lo único común era la palidez de su piel. Sí, como sanguijuelas.

¿Por qué no? Eran unas sanguijuelas. Les observé detenidamente y, de algún modo, me dio la sensación de que los veía por primera vez. Sonrieron, pero siguieron pareciéndome unos extraños.

Bueno, no del *todo*. Porque los conocía. Los *veía*. ¡Sanguijuelas!

Trasladándose a mi casa tan pronto como desapareció mi Herbert. Haciendo uso de mi propiedad y mis pertenencias. Viviendo de mis rentas. Contratando a miss Tooker para que me vigilara en todo momento, y animando al doctor Cramer para que me convirtiera en una inválida. Desde el mismo instante en que Herbert me dejó. Ahora esperaban tan sólo a que yo le siguiera.

«¡Aquí está la vieja...!»

¡Dios me libre de *repetir* la palabra!

Me quedé asombrada. ¡Pensar siquiera que el pequeño y modoso Percy, todo risueño él, se atreviera a decirme tal cosa a la cara!

Entonces me di cuenta de que él no había hablado. Lo *pensaba*. ¡Yo leía sus pensamientos!

Lo que en realidad dijo fue:

-Madre, querida, ¿dónde te hablas metido? ¡Estábamos tan preocupados!

-Sí -dijo Olive acto seguid. No sabíamos qué pensar. Podían haberte atropellado... -Su tono era el acostumbrado, ¡ay!, lleno de amor filial..., pero, para sí, concluyó: «¿Por qué no atropellarían a esa vieja...?»

¡Esa palabra otra vez!

Así que ¡eso era lo que pensaba de mí! ¡Lo que ambos pensaban de mí!

Me acometió un temblor.

-Siéntate, querida. Cuéntanoslo todo -añadió Percy, con una sonrisa bobalicona en los labios. ¡Esa sanguijuela de boca hinchada que me chuparía hasta la mismísima sangre!

Reuní todas mis fuerzas.

-Sí, madre, ¿dónde has estado? -terció Olive, ¡esa sanguijuela de boca prieta! que, entretanto, pensaba: «¿Otra excursión alegre, vieja chocha? ¿O dándonos problemas otra vez, con eso de robar en las tiendas? ¡Las veces que Percy ha tenido que presentarse en ellas para arreglar tus malditas gracias!»

Sorprendí este pensamiento y no pude menos que parpadear tras mis cristales. Ni en sueños se me hubiera ocurrido pensar en esto, ¡vamos! ¿Acaso *sabían* en las tiendas lo que hacía? Y lo toleraban siempre que Percy...

Entonces, ¡no sacaba el menor provecho! Todos se habían confabulado en contra de mí. Lo veía ahora por primera vez.

-Si os lo he de decir -respondí rápida y ásperamente-. He ido a la ciudad para corregirme la vista.

Antes de que tuvieran tiempo de considerar plenamente el sentido de mis palabras ya me encontraba en la escalera. Abrí la puerta de mi habitación, entré en ella y cerré de nuevo de golpe. No enfadada, pero para darles una prueba de mi resolución y firmeza.

La verdad es que me sentía completamente trastornada. Y no sólo a causa de sus pensamientos, sino por el hecho de que pudiera leerlos. Esperaban que estirara la pata, ¡perdón!, si me permiten la vulgaridad, pero... ¿cómo?

Quizá fueran sólo imaginaciones mías. Puede que estuviera realmente enferma. Siempre me lo decían. Miss Tooker me trataba como a una inválida. El doctor Cramer acudía a visitarme dos veces por semana.

Hoy le esperaba, por cierto. Era una persona muy amable. El me diría exactamente cuál era mi situación.

Pues ¡no podían ser las lentes! Estas cosas no pasan de verdad. ¡Imposible!

No era más que la edad y el cansancio...

Me quité los anteojos y fui a recostarme en la cama. La congoja no tardó en hacer mella en mí, y al poco rompí en sollozos. Debí quedarme dormida, pues al despertar era ya de noche.

Había sonado la puerta de la entrada, y oí la creciente proximidad de unos pasos. Miss Tooker.

Abrió la puerta de mi cuarto con una mano. En la otra sostenía una bandeja. Sí, el té y algunas galletas. Parte de la dieta prescrita por el doctor Cramer. Sabía cuánto me gustaba comer, y no me lo permitía.

Le hice una mueca.

-¡Váyase! -dije.

La mujer sonrió tímidamente.

-El señor y la señora Dean han salido ya para su cena -dijo-, pero antes de partir han pensado que a lo mejor deseaba usted ya su cena.

-¡Váyase! -repetí.

-¿Se encuentra ya bien del todo? -preguntó miss Tooker al tiempo que depositaba la bandeja encima de la mesita de noche- El doctor Cramer no puede tardar ya mucho y...

-Dígale que suba en cuanto llegue, y usted ¡acuéstese! -conminé sin ambajes-. No se acerque por aquí.

La sonrisa se borró inmediatamente de su rostro. La mujer dio la vuelta y se dirigió apresuradamente hacia la puerta. Por un momento sentí la tentación de escrutarla a través de mis lentes. Pero no era más que una ilusión, ¿no es cierto? Una vez que hubo salido me incorporé en el lecho y tomé mi bolso.

Me puse a examinar mi tesoro, lo cual me llevó considerable tiempo. Estaba tan enfrascada en mi hacer que no me di cuenta de la llegada del doctor.

Su llamada me sobresaltó. Guardé mi botín rápidamente en el bolso y dejé que éste se deslizara por el otro lado de la cama. Me recosté otra vez y respondí:

-¡Adelante!

El doctor Cramer era la viva imagen de la cortesía. Entró sin hacer ruido, pese a su voluminosa presencia, y fue a tomar asiento en una butaca próxima a mi tocador.

-¿Qué significa todo eso que he oído acerca de usted, jovencita? -preguntó, ahogando apenas una risa afable. Siempre que se dirigía a mí decía «jovencita». ¡Era un cielo!

-¿A qué se refiere? -repliqué yo agraciándole con una sonrisa.

-Me han dicho que se ha dado usted un paseito esta tarde. Mistress Dean me ha hablado de unas lentes...

Me encogí de hombros y él se acercó un poco más.

-Además, no ha tomado nada. ¡Y ha estado usted llorando!

¡Era tan cordial! Un hombre maravilloso, el doctor Cramer. Era imposible no abrirse a él. ¿Quién le guardaría secretos?

-No tenía apetito. Mire, Olive y Percy no me comprenden, eso es todo. Me encanta salir al aire libre, y no sabe usted cuánto me desagrada importunarles. Y puedo explicar lo de las gafas.

El doctor Cramer sonrió y me guiñó el ojo.

-Primero un poco de té.

-Me temo que lo encontrará ya frío.

-Esto tiene fácil remedio.

Se dio la vuelta y colocó la tetera sobre el pequeño hornillo eléctrico del rincón. Se movía con agilidad y eficacia y me pareció oír que tarareaba por lo bajo. Era un placer observarle; como el gozar de su visita. Nos sentaríamos juntos y compartiríamos el té. Y yo se lo contaría todo. El comprendería, y todo volvería a ir sobre ruedas.

Me incorporé. Mis nuevos anteojos se deslizaron por la colcha. Los tomé antes de que cayeran al suelo y me los puse.

El doctor me guiñó nuevamente un ojo al volver.

Bajé la vista y noté al mismo tiempo el efecto de las lentes en mis ojos.

Alcé de nuevo la mirada, y me di cuenta. Supe en seguida que el doctor Cramer se encontraba allí para matarme.

Me sonrió mientras llenaba nuestras tazas. La segunda la tomó de la mesa sobre la cual descansaba aún la bandeja con mi almuerzo. Le observé. Vi cómo se inclinaba sobre la taza de la izquierda y cómo vertía los polvos en el té caliente.

Acercó la bandeja al lecho.

-Una servilleta, doctor, si tiene la bondad -le dije.

Me la trajo sin dilación, se sentó junto a mí y levantó su taza, cortésmente, acompañando en seguida mi acción.

Bebimos.

Mi mano no tembló siquiera bajo su escrutadora mirada. Vacié mi taza; él la suya.

Me guiñó nuevamente el ojo.

-Y bien, jovencita, ¿se siente mejor?

Le devolvi el guiño.

-Mucho mejor, ¿y usted?

-¡De primera! Ahora podemos hablar, ¿eh?

-Sí -respondí-. Ahora podemos hablar.

-Iba usted a contarme algo, ¿verdad?

-Es verdad -repuse-. Iba a contarle algo, doctor Cramer. Iba a decirle que lo sé todo.

Parpadeó visiblemente, mientras que yo no abandonaba mi sonrisa.

-Sí. Sé perfectamente como se supone que ha de desarrollarse el plan. Percy y Olive se lo propusieron, a cambio de la tercera parte de la herencia que obtendrán. No había, en principio, plazo fijo, pero al llegar yo esta tarde algo alterada, han pensado que era mejor que actuara usted en seguida. Miss Tooker sabía, de todas formas, que un nuevo ataque no sería nada extraño en mí, y serviría como testigo. No porque hiciera falta, pues usted certificaría la causa de mi muerte. Mi corazón, ya sabe...

El doctor Cramer sudaba copiosamente. El té estaba muy caliente. Levantó una mano...

-Mistress Olcott...

-Por favor, no me interrumpa. No he terminado. Le estaba hablando sobre el plan. En media hora o menos me sobrevendrá una crisis. Usted se precipitará escaleras abajo y le dirá a miss Tooker que llame inmediatamente a los Dean, donde tenga lugar su cena o reunión social. Luego volverá a mi lado y hará lo imposible por asistirme en ese trance. Naturalmente, será demasiado tarde. Para

cuando llegue mi amada hija acompañada de su marido, yo ya habré muerto. Ese es el programa previsto, ¿no es verdad?

-Pero...

Le miré directamente a los ojos

-Ya sé. Se pregunta cómo estoy enterada. Yo también. No puedo explicarle mis poderes. Bástele saber que los tengo. Leo sus pensamientos.

-Entonces...

Hice un gesto con la cabeza.

-Por favor, no se moleste en hablar. Porque leo sus pensamientos, sé ya lo que iba a decir a continuación. Se preguntaba por qué, sabiendo todo lo que sé, le he permitido que me envenenara. Se asombra de que me fíe de usted, sabedora de que no es sino un traidor y un hipócrita...

Terminé la invectiva usando la forma masculina del epíteto pensado por Percy en relación conmigo.

Los ojos estuvieron a punto de saltársele. Evidentemente no estaba acostumbrado a semejante lenguaje.

Luego enrojeció como una amapola.

-Sí -musite-. Se pregunta por qué le he permitido envenenarme. La respuesta es que... no ha sido así.

Trató de aflojarse el cuello y hasta de incorporarse.

-¡Qué...! ¿No ha sido así?

-No -respondí con una sonrisa-. Cuando ha ido a buscarme la servilleta, he cambiado las tazas.

No sé qué veneno era aquél, pero sí pude ver cuál era su tremenda eficacia.

No hay duda de que su propia excitación contribuyó a acelerar el proceso. Logró ponerse de pie, pero sólo por un instante. Luego volvió a caer pesadamente en la butaca

Murió allí mismo.

Observé tranquilamente su agonía. Quince minutos duró aquel proceso de desintegración. La voz fue lo primero en desaparecer. Luego fiaqueó la cabeza. La espuma dificultaba su respiración; el vómito la cortó casi por completo. Se le dilataron las pupilas y la cara se le puso de color púrpura... salvo en torno a la boca, que delataba el estrago hecho en sus labios al morderse.

Quise leer sus pensamientos, pero ya no quedaban pensamientos que leer. Sólo imágenes. Preces y blasfemias entremezcladas, con fugaces destellos de desesperación. Explosiones soeces, hasta que la todopoderosa irrupción del dolor lo llenó todo. Me dolió la cabeza de leer tanto horror, así que me quité las lentes y me limité a observar.

Una extraña comezón me invadió todo el cuerpo.

Terminó entre convulsiones. Intentó arrancarse la garganta. Me incliné sobre su rostro y me eché a reír delante de sus desencajadas fauces. Muy impropio de una dama, debo admitirlo, pero harto justificado, ¿no? Además, hacía que me estremeciera de emoción.

Acabado todo, me dirigí a la escalera. Miss Tooker se había acostado hacía ya mucho rato, y no había nadie que pudiera detenerme. Pensé que me merecía un acto de celebración. Saqueé el refrigerador y ascendí de nuevo a mi cuarto con una bandeja abarrotada de pavo, salsas varias, trufas y melón... ¡Se cuidaban bien los de abajo, mi amante hija y mi yerno!

Tomé también la botella de coñac.

Pesaba lo suficiente como para hacerme sentir el esfuerzo arriba. Pero, una vez en mi habitación, me sentí mejor.

Escancié una generosa medida de brandy en mi taza de té y con un gesto festivo brindé en dirección de la desmadejada figura del silloncito próximo. Me reía de él en silencio a cada bocado. Luego le pregunté si le apetecería un piscolabis... ¿quizá un poquito de brandy?..., ¡era deilcioso!..., ¿y qué tal su corazón aquellos días?

El licor era fuerte. Di fin a la comida, sin dejar traza siquiera, y volví a escanciarme una generosa medida. La comezón se acompañaba ahora de cierta sensación de calor. Sentía ganas de gritar, de cantar. Hice ambas cosas.

Se rompió la taza. Bebí directamente de la botella. Nadie iba a verme. Alargué el brazo para cerrarle los ojos. Saltones. Me escocían los míos. Las lentes. No debía llevarlas puestas. Pero de no haberlo hecho ahora estaría muerta. Y era él, el muerto. Yo seguía viva. Muy viva. Estremecidamente viva.

Más brandy Acedía. Demasiada comida. También la bebida quemaba. Me recosté en el lecho. Todo parecía dar vueltas. Más vueltas. ¡Qué calor! Podía verle aún, derrengado en su butaca, con la boca abierta..., riéndose de mí.

¿Por qué se reía? Estaba muerto. Debiera ser yo quien riera. El había tomado veneno; yo, brandy. «El licor es veneno para usted, mistress Olcott.»

¿Quién había dicho eso? El doctor Cramer en su última visita. Pero ahora estaba muerto, y yo no había sido envenenada. Entonces, ¿por qué dolía cuando intentaba reírme?

¿Por qué me dolía tanto el pecho? ¿Y por qué no estaba quieta la habitación, ni siquiera cuando traté de incorporarme y caí dándome de bruces contra el suelo? ¿Por qué tiré de la alfombra hasta hacerla jirones, y no dejé de hacerlo hasta que mis dedos, doblándose más y más hacia atrás se desarticularon con un chasquido, aunque sin dolor que yo pudiera percibir, pues el que llenaba mi pecho era mucho más fuerte, más que cualquier otra cosa o sensación, más que la vida misma...?

Porque era la muerte.

Morí a las 10.18 de la noche.

3. PERCY DEAN

Cuando pudimos acallar el asunto, Olive y yo partimos algún tiempo de viaje. Ahora nos lo podíamos permitir y, entretanto, la casa seria completamente renovada, y a nuestro pleno gusto.

En verdad que hicieron un trabajo excelente -el dinero no era problema, dije- y el resultado era para enorgullecerse. Ya era hora también. ¡Todos estos años perdidos, a la espera de que muriera la vieja! Sí, ya era hora.

Ahora podríamos pisar fuerte, Olive y yo, en nuestra comunidad. No más empujones, no más insultos encubiertos ni murmuraciones solapadas... «El yerno de mistress Olcott... un *parvenu*, un arribista.., de otra clase.»

Me juré que todo aquello cambiaría. Olive y yo ocuparíamos por fin el lugar que nos correspondía en la sociedad. Teníamos antecedentes, claro está, y ahora contábamos con suficiente dinero para movernos con soltura en los mejores círculos... para recibir.

Una recepción, ¡ése era el primer paso! Lo del baile de disfraces fue realmente idea de Olive, aunque fui yo quien la asoció en seguida con la fiesta en celebración de la reapertura de casa.

-Hay siempre un clima de alegría e informalismo en una reunión de disfraces -le dije-; distraerá a los invitados. Al fin y al cabo, son muchos los que recuerdan muy bien el... hum... desgraciado acontecimiento de hace seis meses. Una cena normal y corriente resultaría un tanto violenta. Pero ¡un baile de máscaras! Es precisamente lo que conviene.

-Quizá pueda contratar a ese pequeño grupo de danza para la ocasión -musitó Olive-. Los puertorriqueños, ¿sabes? Son el no va más, esta temporada. Y podríamos hacer uso también del jardín.

Me encantó ver que respondía con tanto entusiasmo. Nos pusimos a planear la fiesta sin pérdida de tiempo, determinando en primer lugar a quién procedía invitar. Y aquí es donde mi mejor cabeza intervino con ventaja. Durante años me había sentido contrariado y frustrado por mi ignominiosa posición como simple «agregado», incapaz de asociarme en un plano de igualdad con los dirigentes de los círculos de negocios y financieros de la comunidad.

Parecía que asistía a sus cenas y fiestas por puro compromiso, y era incapaz de corresponder con igual tono y estilo. De ahí que jamás tuviera ocasión de considerar con ellos ciertos planes míos relacionados con operaciones inmobiliarias y carteras de valores. Conocía a los hombres clave, y mis propuestas habían sido cuidadosamente elaboradas. Todo lo que necesitaba ahora era la *entrée*, es decir, el acceso. Podía ganar mucho dinero en esta ciudad; mucho dinero. Y había llegado el momento de actuar.

-Thorgesen -dije, repasando la lista-. Decididamente, sí. Harker, si quiere venin Y el doctor Cassit. Pfluger. Repulsivo, pero le necesito. Y las señoritas Christie, Hattie Rooker. Muy bien.

-Si viene Hattie, hemos de invitar también a Sebastian Grimm -apuntó Olive.

-¿Grimm? ¿Quién es?

-El novelista. Pasa el verano aquí. Le invitan en todas partes, sencillamente *¡en todas!*

-Como quieras.

Lo planeamos minuciosamente, enviamos las invitaciones, y la respuesta fue sumamente satisfactoria. Durante toda la semana que precedió a la fiesta estuvimos ocupadísimos con mil detalles. De hecho, fue el mismo día en que había de tener lugar, cuando Olive suscitó una cuestión de gran importancia.

-Nuestros trajes, Percy.

-¿Trajes?

-¡Es una fiesta de disfraces!, ¿no? Y nos hemos olvidado de los nuestros -añadió con una sonrisa-. Tú no estarías mal como pirata.

Arrugué el entrecejo. Me revienta la trivialidad. La idea de hacer de fantoche me repelía.

-Pero ¡todos vendrán disfrazados! -exclamó Olive-. Hasta señores mayores tan dignos como míster Harker. Y mistress Loomis se ha pasado semanas, pero ¡semanas!, simplemente para elegir su atuendo como pastorcilla de un cuadro de Watteau. Me lo ha dicho la modista.

-¿Qué llevarás tú? -pregunté.

-Algo español, con una mantilla. Así podré ponerme mis magníficos pendientes. -Me miró dubitativa-. Pero tú vas a ser un problema. Francamente,

Percy, eres demasiado rechoncho para cualquiera de los personajes habituales. A menos que decidas ir de payaso.

Iba a replicarle con toda aspereza. Pero era verdad. Me miré en el espejo. La frente despejada era más bien calva notable... ¡y aquella papada! Olive me observaba atentamente.

-¡Ya lo tengo! -anunció aliviada-. Percy, ¡ya está! Serás Benjamin Franklin.

Benjamin Franklin. He de admitir que no era una mala idea. Después de todo, era todo un símbolo de dignidad, estabilidad y sabiduría -me inclino por desechar todos esos rumores acerca de sus queridas- y ése era, precisamente, el tono que yo deseaba impartir. Contaba con aquella velada para impresionar a mis invitados. Era un primer paso importante.

Alquilé, pues, un traje colonial y una semipeluca.

Olive se quedó extasiada ante el resultado. Había que darse prisa; los invitados empezarían a llegar pronto. Un momento antes de descender al vestíbulo, procedimos a un último examen.

-¡Maravilloso! -exultó Olive-, pero ¿no usaba lentes, Franklin?

En efecto. Desgraciadamente es ya demasiado tarde para hacerme con ellas. Espero que la concurrencia sepa disculpar esta impresión.

Supo.

La velada fue encantadora. No faltó uno solo de los invitados, las bebidas eran abundantes, variadas y de primera calidad, el colorido de los trajes añadía justo la adecuada nota de frivolidad, y el entretenimiento previsto -aunque vulgar- pareció ser muy bien recibido.

Aunque abstemio absoluto, puse no obstante especial atención en que no les faltara copioso suministro a determinadas personas de mi particular interés. Hombres como Thorgesen, del banco, o el viejo Harker, el doctor Cassit y el juez Pfluger. Logré concentrarlos alrededor del ponche, y su cordialidad fue creciendo a medida que transcurrían las horas.

Estimaba esencial el ganarme la amistad de Thorgesen, por cuya mediación esperaba tener acceso al Gentry Club. Luego, más tarde o más temprano, me las ingeniaría para llegar basta la habitación 1200, el santuario del fabuloso «grupo del póquer», donde se decidían realmente los grandes negocios y especiales «tratos»: millones de dólares, asignados en contratos de favor como quien reparte simplemente unos naipes.

Sebastian Grimm puso la idea en mi mente.

-La fiesta parece discurrir de maravilla -señaló en voz alta-. Me atrevería a decir que no habría inconveniente en abandonar a las damas a su propio entretenimiento durante una hora o algo así. ¿No tendrá usted una mesa de póquer por ahí, verdad, Dean?

Póquer. Lo justo. Una partida en mi casa. ¿Acaso no sería del todo natural el proponer otra reunión para ocasión venidera? Quizá Thorgesen sugiriera el Gentry Club, y yo entonces podía recordarle que no era socio. «Esto tiene fácil remedio -diría en tono rimbombante-. Te diré lo que has de hacer, Dean...»

¡Perfecto!

-Hay una gran mesa arriba -insinué-. Lejos de las damas y del ruido. Si les interesa, caballeros...

Les interesaba. Echamos escaleras arriba.

Aborrezco el póquer. Me disgustan todos los juegos de azar. No es que los considere inmorales, pero me repele instintivamente todo lance donde el elemento de riesgo depende de la suerte.

Pero el caso era excepcional.

Suministré naipes y fichas, y tomamos asiento alrededor de la mesa: Thorgesen, el doctor Cassit. el juez Pfluger, Harker, Grimm y yo. Me habría gustado excluir a Grimm, de haber sido posible; el alto y delgado, amén de sardónico, escritor se me antojaba un elemento inquietante cuya presencia además carecía de valor para mí. Pero la idea había sido suya, y difícilmente podía sacudírmelo.

Olive dio unos golpecitos en la puerta poco antes de que iniciáramos el juego.

-O sea, que estáis aquí Me preguntaba dónde te habrías metido, Percy. -Luego sonrió a todo el grupo-. Pero veo que estás en buena compañía. ¿Alguien de ustedes desea que le sea subido el almuerzo? Vamos a servir algo frío, abajo, dentro de breves momentos.

Siguió un silencio un tanto embarazoso. Sentí cierta irritación.

-Muy bien, no les molestaré más. ¡Oh, Percy! He encontrado algo para ti en... en la habitación de mamá. -Vino a mis espaldas y noté un frío contacto metálico en las orejas y en el puente de la nariz.

-Unas lentes -exclamó, dejando oír una risa infantil-. ¿Recuerdas que no pudimos dar con ellas para complementar tu disfraz? Pues mamá guardaba un par en el cajón. ¡Veamos! -Se apartó unos pasos y me observó escrutadoramente-. ¡Perfecto! La viva imagen de Benjamin Franklin, ¿no creen?

Yo no quería las gafas. Además, parecían casar mal con mi corrección óptica, si es que necesitaba alguna. Pero me sentía muy violento, de modo que la despedí con un gesto, forzándome a componer una sonrisa de circunstancias. Los presentes se hallaban distribuyendo ya las fichas. Thorgesen había tomado la banca. Extraje mi cartera y deposité un billete de cien dólares sobre el tapete. A cambio recibí una pila de veinte fichas blancas.

Jugaban «a sangre». Muy bien. Sonreí.

-Ahora algunas rojas Coloqué cinco billetes más de a cien sobre la mesa, que me valieron veinte fichas encarnadas.

-Eso está mejor -comenté.

Y así era, pues abrigaba la intención de perder. Un millar de dólares más o menos adecuadamente invertido aquella noche en una partida en la que perdiera me asegurarían casi con toda certeza que mi candidatura fuera vista con agrado por el resto de los jugadores. No era poca la psicología que encerraba mi razonamiento. Tenia la intención de perder. Más aún, de hacerlo con estilo, con gracia. Como un auténtico caballero.

Pero no pudo ser.

He oído hablar de clarividencia, de telepatía, de sextos sentidos y del que se dice «especial para los naipes», fenómenos a los que jamás he prestado la menor atención. Sin embargo, *algo* estaba sucediendo aquella noche.

Pues cuando examiné mis cartas a través de las lentes, me fue posible averiguar el juego de mis oponentes. No vi, claro está, su juego, sino *su mente*.

«Par oculto de ochos. Subir. Pedir otra. Dos damas. ¿Me pregunto si tendrá una escalera? Lo veo. Con dos dieces vistos, mejor oculta y verlo. Subir otra vez. Achantar a los otros.»

Era un raudal constante. Sabía cuándo pasar, cuando subir la apuesta y cuándo abstenerme o jugar de farol.

Desde luego, pensaba perder. Pero, cuando un hombre *sabe* lo que debe hacer, es tonto si renuncia a su ventaja. Es lógico, ¿no?, y prueba una gran visión para los negocios. Ellos tenían mucho respeto por la astucia, por el buen juicio. ¿Cómo podía evitario? ¡Aún contra mi voluntad!

No quiero extenderme sobre los sucesivos incidentes de la partida. Baste decir que gané casi todas las manos, que era capaz de apostar, de farolear, de «matar o congelar» un envite (así creo que lo llaman), y todo gracias a aquel maravilloso flujo de intuición, de aquel verdadero sentido psíquico que no me abandonaba.

Llevaba ganados más de nueve mil dólares cuando Harker hizo su trampa.

El esfuerzo dc concentración era terrible. Jugaba absolutamente ajeno a la hora y a toda circunstancia, pensamiento o movimiento que no se refirieran estrictamente a la partida -al escrutinio de la mente de mis adversarios-, al cálculo de mis apuestas.

Y de pronto: «Me guardaré el as para la mano siguiente», pensó Harker.

Su idea me llegó como una verdadera *sensación*. Sentí la intensidad, la desesperada avaricia que encerraba. El viejo Harker, con una fortuna de tres millones, ¡haciendo trampas al póquer!

Durante unos instantes me quedé anonadado. Se estaba sirviendo ya la mano. Me concentré. Harker tenía el as de picas sobre la mesa, debajo de su manga izquierda. Siete y as, ocuitos; un as descubierto. Esto hacía un trío, si podía cambiar el siete.

Yo tenía dos reinas, dorso con dorso; la oculta con un cuatro. Se repartieron las cartas: la cuarta, la quinta. Los otros iban mal, no tenían nada; Grimm, una escalera posible. Harker siguió subiendo. Otra reina para mí con la quinta carta. Le subí a él. Grimm igualó. Harker aumentó la apuesta. ¡La gozaba locamente! La conversación se animó. Era una mano vital: el pote era enorme. La sexta carta me trajo otro cuatro. Ful, reinas mandan. Ganador en casi cualquier partida de póquer con siete cartas y sin mono. Harker tenía sus ases. Mi pareja de reinas sobre el tapete... llegué al límite. Él subió el límite, yo superé su envite. Grimm pasó.

Los restantes se quedaron pendientes de nuestra última carta. Me vino una jota. Harker recibió su cuarto as. Llegó a dolerme casi la cabeza al sentir la ola de desbordante exultación que le embargaba. Subió su apuesta; yo aún más; él de nuevo... dudé... y Harker dio el cambiazo. Su cuarto as fue a parar debajo de su juego; el siete, debajo de la manga. Era exactamente lo que yo había estado esperando.

Aumenté el pote.

Él, más.

-¡Seis mil dólares en juego! -susurró alguien con voz entrecortada.

Y más con mi siguiente envite, que Harker superó aún.

-Veo -dije al fin, con gran parsimonia, mostrando mi juego triunfalmente.

»Ful de reinas con cuatros -añadí al tiempo que empezaba a recoger las fichas.

El envejecido rostro de Harker se arrugó aún más en una mueca de insolente placer.

-No tan de prisa, amigo mío; yo tengo... -se humedeció los labios ávidamente- ...cuatro ases.

La exclamación fue general.

Tosí para aclararme la garganta.

-Lo siento, míster Harker. Pero ¿ha reparado usted también en que tiene ocho cartas?

Silencio.

-Un descuido, sin duda. Pero si fuera usted tan amable de levantar su brazo izquierdo... ahí, debajo de la manga...

El silencio se podía cortar.

De repente se pobló de un griterío ensordecedor. Pero no era un clamor de voces, sino de *pensamientos*.

Se habían olvidado del juego por completo, ¡pero yo seguía leyendo en sus mentes!

«El muy ruin... ¡qué vileza!... ¡Mira que acusar a Harker!... probablemente ha puesto la carta él mismo... haciendo trampas... ningun caballero... asqueroso gordo... ¡no debía haber venido!... excluido de toda sociedad decente... vulgar... cazadotes... la llevó a la tumba...»

Mi cabeza estaba a punto de estallar.

Pensé que si podía hablar se aliviaría mi dolor. Hablé, pues, y les dije lo que sabía y todo lo que pensaba de ellos, que me contemplaban atónitos sin decir palabra. De modo que pensé que, si gritaba, aquella opresión se me pasaría. Y grité. Y les ordené que salieran de mi casa. Y les colmé de insultos y denuestos; pero ellos seguían contemplándome asombrados, sin replicar, como si yo estuviera loco. Y Harker pensaba unas cosas de mí que ningún hombre sería capaz de soportar. Era imposible resistirlo. Mi cabeza iba a estallar, ¡y todo estaba perdido! Me odiaban y se reían descaradamente de mí.

Volqué la mesa y me abalancé contra él haciendo presa de su cuello con mis manos. Todos cayeron sobre mí, pero yo no iba a soltarle hasta que no librara mi cerebro de aquella vorágine de sucios pensamientos que mi víctima me dedicaba. Se me cayeron las lentes y se me nubló la vista. Levanté la mirada justo a tiempo de ver a Thorgesen inclinado sobre mí, amagando el frasco del agua contra mi cabeza.

Traté de esquivarlo, pero era demasiado tarde. Cayó el cristal, y se me velaron los ojos.

Para siempre.

4. SEBASTIAN GRIMM

Seré breve, muy breve.

Cuando tomé del suelo aquellas extrañas antiparras de montura metálica y lentes amarillentos -que deslicé rápidamente en mi bolsillo inadvertido en aquella confusión-, lo hice por mera curiosidad.

Y ésta aumentó cuando acerté a oír por azar una observación de la viuda durante la encuesta llevada a cabo por la policía, en el curso de la cual se habló también de la desaparición de los anteojos. Olive Dean se refirió a su madre y a que ésta las había llevado a su casa, precisamente la noche de su trágica muerte.

Algunos aspectos de aquella partida de póquer y el comportamiento de Dean habían estimulado mi imaginación. Las declaraciones oídas con ocasión de las pesquisas policiales me intrigaron aún más.

Por otra parte, la palabra grabada en el puente de la pieza no dejaba de ser interesante. «Veritas.»

No les cansaré con el relato de mis investigaciones. El detective aficionado suele resultar más bien cargante, incluso con sus ocasionales éxitos. Baste decir que mis acciones me llevaron hasta un almacén de compra-venta de objetos de segunda mano; y por último, hasta una casona semiderruida de la calle Edison. Profundizando un poco más, esta vez en los archivos de la sociedad histórica local, averigué que las antiparras habían pertenecido en su día a Dirk Van Prinn, de reputación más que dudosa. Al parecer, su interés por la brujería y dedicación a lo oculto son cosas sabidas y de fácil constatación en los anales de la ciudad. No hace falta que subraye, pues, lo obvio.

El caso es, que mi paciente investigación dio sus frutos. Y así, formulándome liberalmente algunas teorías basadas en pruebas circunstanciales, pude «reconstruir» los pensamientos y hechos de las diversas personas que, ignorantes del maleficio, habían usado las lentes desde que éstas fueran descubiertas en el cajón secreto del escritorio de Dirk Van Prinn.

Esos pensamientos y acciones han constituido la base de esta narración, para la que me he tomado la libertad de asumir sucesivamente los papeles de míster Joseph Henshaw, mistress Miriam Spencer Olcott y mister Percy Dean, todos fallecidos.

Desgraciadamente queda por escribir un capítulo, de cuya necesidad no tenía la menor idea cuando. resolví iniciar mis investigaciones. De haberlo sospechado, hubiera desistido de mi empeño. Porque supe, igual que Dirk Van Prinn cuando escondiera las lentes en el cajón secreto, que se trataba de un objeto maldito; que el legado de sabiduría que encerraban, proveniente del infame Ludwig Prinn, antepasado suyo, era diabólico; que aquellos cristales habían sido tallados, casi literalmente, en el mismo Averno.

Sí, sabía que la Verdad no existe para que sea conocida por los hombres; que el conocimiento de los pensamientos del prójimo sólo conduce a la locura y a la destrucción.

Reflexioné sobre la sencillez y claridad de esta moraleja, y por nada en el mundo habría emulado al pobre Joe Henshaw, o a mistress Olcott, o a Percy Dean, calándome las lentes para contemplar a los hombres... y sus pensamientos.

Pero el orgullo fue la causa de la Caída. Y mientras escribía acerca del trágico sino de aquellos infortunados cuya búsqueda de la verdad había finalizado en desastre, no pude evitar el pensar sobre el objeto último para el que habían sido creados aquellos cristales.

«Veritas.» La Verdad.

El conocimiento de la verdad de los otros traía malas consecuencias.

Pero... ¿y la verdad sobre uno mismo?

Conócete a ti mismo.

¿Sería éste el verdadero objcto de aquellas lentes?

¿Que su portador pudiera realizar una introspección, *mirar en su interior?*

De seguro que no podía haber mal alguno en ello. ¡Vamos, no, tratándose de un hombre inteligente!

Creía que me «conocía» ya a mí mismo, en el sentido mas común de la palabra; incluso que era más consciente de mi naturaleza y carácter que lo son muchos de los suyos, dada mi habitual inquisitividad.

Imaginaba, cavilaba, creía...

Pero, tenía que *saber*.

Sí, tenía que saberlo con certeza.

Y ésta es la razón de que me las haya puesto ahora, hace unos instantes. Calármelas y mirarme al espejo: todo uno.

Me he contemplado, y me he visto. Y me he *conocido*, total y absolutamente.

Hay fenómenos del intelecto subliminal, del llamado «subconsciente», que tanto la psiquiatría como la psicología ansían saber. Yo lo sé todo anora, pero no hablaré jamás. Y aún sé mucho más.

Sé que la agonía sufrida por Henshaw y por mistress Olcott y por Percy Dean no es nada comparada con la que sobreviene al leer la propia mente.

Me puse delante del espejo y *contemplé mis pensamientos*, mi mente, en la que descubrí un sinfín de recuerdos e impresiones atávicas, de deseos, de temores, de autoengaño..., donde bullían una locura sin freno y una sucia crueldad solapada..., donde se agitaban sinuosas formas rastreras que no osaban aparecer siquiera en sueños, y se revelaba toda la hipocresía y simulación que, ocultas bajo un consciente barniz intelectual, constituyen mi verdadera e indescriptible naturaleza. La naturaleza de cada hombre. Quizá puede ser domeñada y controlada. Pero la mera constatación de que *está allí* es ¡el sumo horror!

No se debe permitir.

Voy a terminar mi relato. Luego tomaré las «lentes engañosas», como tan acertadamente las llamara Joe Henshaw, y las destruiré para siempre.

¡Engañosas y tramposas!

Me serviré para ello de un revólver, que apuntaré firme y deliberadamente contra esos malditos cristales para hacerlos añicos de un solo dlsparo.

Pero... los llevaré puestos...